

ESTOY esperando la muerte, esperándola con una gran esperanza, porque sé —es el único acto de fe que profeso— que la muerte será definitiva, que no habrá otra vida...". Este hombre que espera el final, como el personaje de un cuento suyo —El Sur—, que enfrentará la muerte con alivio, es el escritor argentino Jorge Luis Borges. El 24 de agosto cumplirá ochenta años.

Más que el temor a la muerte, late en el autor de *El Aleph* el horror a la vida, un desconsuelo que deviene de la inevitabilidad de días y noches que se suceden interminablemente. Hace algunos años describió así un despertar: "Entra la luz y me recuerdo; ahí está. / Empieza por decirme su nombre, que es (ya se entiende) el mío. / Vuelvo a la esclavitud que ha durado más de siete veces diez años. / Me impone su memoria. / Me impone las miserias de cada día, la condición humana. / Soy su viejo enfermero; me obliga a que le lave los pies. / Me acecha en los espejos, en la caoba, en los cristales de las tiendas".

¿Podrán los homenajes de su octogésimo aniversario aliviar su resignado agotamiento, o, cuando menos, justificarlo, otorgarle un sentido a la vida de quien escribió: "Cometí el mayor de los pecados que puede cometer un hombre: no fui feliz". Una pregunta, como tantas, sin respuesta.

No es Borges un hombre afecto a los honores, a la explicitación de la fama. Abomina de los reportajes con la misma generosidad con que los concede. Se aleja hasta donde puede de toda forma de vida pública, quizá no tanto por modestia como por timidez. Una rara timidez, por cierto, como que no lo inhibe de formular declaraciones de neto corte regresivo, consciente de que se descargará sobre él toda la artillería progresista, la indignación de los que admiran su obra, pero quedan perplejos frente a sus opiniones políticas. Una timi-



Las expresivas —y receptoras— manos de Borges suplen a sus ojos, ya apagados.

BORGES

ochenta años

LUIS GRANOVSKY

dez paradójica que lo lleva a aceptar homenajes que se transformarán en humillaciones, como lo fue la concesión, por la dictadura pinchetista, del título de doctor honoris causa de la Universidad de Chile.

Pero ningún discurso cambiará las cosas. El 24 de agosto los teletipos explicarán, en todos los idiomas, que el más grande escritor vivo en el ámbito de la literatura hispanoamericana, Jorge Luis Borges, ha cumplido ochenta años.

Tan breve como provisorio, el balance que sigue es un intento de analizar la obra de Borges en sus características más personales, a modo de introducción y a la vez de homenaje a su obra.

La poesía borgeana

Si el título *Vida de un hombre* encerraba y resumía la experiencia vital de Ungaretti, al tiempo que cargaba de sentido, simbolizándola, a su infatigable búsqueda de la belleza, es muy posible que *Fervor de Buenos Aires* —un

título de juventud— y *Elogio de la Sombra* —éste, de la vejez— ejemplifiquen el tránsito poético de Jorge Luis Borges. Del fervor por su ciudad a la resignación de la ceguera, del impulso vitalista —whitmaniano— a la despersonalización progresiva.

Todas las técnicas de la poesía de Borges tienden, en efecto, a configurar un arte impersonal. Si es cierto que, al comienzo, sus poemas parecen referidos a un yo, también es verdad que ese yo se ve continuamente problematizado y anulado, así como la realidad misma sobre la cual el poema discurre. Aún esos poemas parecen autoanularse en una reflexión sobre el poder o la vanidad de la poesía, del lenguaje. A todo ello corresponde, además, el intento de reducir los privilegios del poeta como tal: éste comienza por ser sólo un hacedor, pasa luego a ser un lector y, finalmente, llega a comprender la inutilidad de su oficio. Se convierte, así, en el oficiante de un destino vacío. "Ser en la vana noche / El que cuenta

las sílabas", o "El resignado / Ejercicio del verso no te salva", dice Borges en dos poemas de *El oro de los tigres* (1972).

Pero es quizá a partir de "Poema Conjetural" (1943) cuando Borges se decide a practicar sus técnicas impersonales más eficaces: el monólogo dramático, un cierto tono narrativo y aun épico, la creación de **personajes poéticos**. Es entonces cuando empieza lo que al Borges ultraísta le gustaba definir como las peripecias del "yo vagabundo". Sólo que estas peripecias, a diferencia de Whitman, se dan menos en la realidad inmediata o en el presente que en el plano ficticio del autor-lector: la historia, la mitología, la literatura. No se trata, sin embargo, de ninguna irrealidad. Si el arte no es un espejo de la realidad, sino una cosa más añadida a la realidad, como cree Borges, obras y personajes son también experiencias reales, hechos del mundo.

Es muy conocida la técnica enumerativa de Borges, como la del arrebato visionario al descubrir *El Aleph*, en la que se mezclan todos los órdenes del universo, desde el más concreto hasta el más abstracto, desde lo inmediatamente real hasta lo imaginario. En ese arrebato, Borges hace esta observación memorable: "De chico, yo solía maravillarme de que las letras de un volumen cerrado no se mezclaran y perdieran en el decurso de la noche". Ya sabemos que su obra es la realización de esa mezcla: textos que se superponen, se modifican o se borran entre sí.

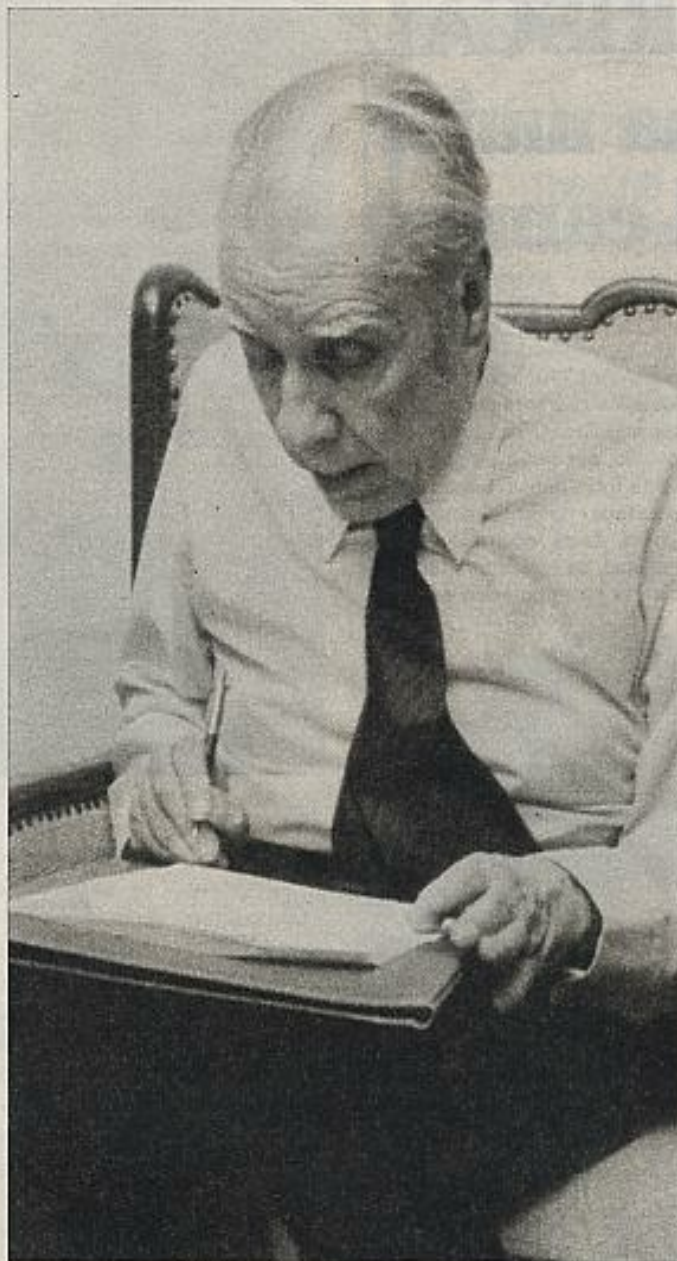
En sus dos últimos libros de poemas, la creación de **personajes** que se concretan en un solo poema no sólo se ha acentuado, sino que, además, ha adquirido otras perspectivas. La encarnación, por ejemplo, del hombre prehistórico, de las cavernas, y su asombro ante la manada de bisontes que ve por vez primera: "Soy el que fue en el alba, entre la tribu / Yo anhelaba y temía. Bruscamen-

te/Oí el sordo tropel interminable/De una manada atravesando el alba/Surgían de la aurora. Eran la aurora/Después los trazaría en la caverna/Con ocre y bermellón. Fueron los dioses/Del sacrificio y de las preces. Nunca/Dijo mi boca el nombre de Altamira". ("El advenimiento", de *El oro de los tigres*). Más que una visión histórica, distanciada, el poema recrea el surgimiento de un inconsciente colectivo, la ubicuidad de una memoria que indistintamente habla desde un presente que a la vez parece remoto y actual.

La realidad, esa ficción insondable

"Cada novela es un plano ideal", dice Borges, y, en efecto, la novela o el cuento —toda la literatura— es la creación de un mundo ficticio. Si hay literatura realista es porque sus autores han querido disimular esta ficción, por distintos medios, haciéndola semejar a la realidad, aunque sería más preciso decir a cierto segmento de la realidad, a un corte de la misma.

Hay escritores que se han preguntado —o han escrito obras que implican la pregunta— si no es posible una literatura que sea imagen o recreación ya no de lo real, sino de lo ficticio. Una ficción de la ficción. La idea, de notorio carácter barroco, tuvo una amplia difusión en el período histórico que lleva ese nombre. Entonces, un novelista como Cervantes escribe una novela en la cual no sólo incluye una serie de historias, que configuran otras novelas, sino que además cuenta cómo va haciendo su novela a medida que la hace. Y un poeta como Góngora intercala en sus poemas versos ajenos que recrea o "glosa". Y un dramaturgo como Shakespeare configura en uno de sus dramas la representación de otro drama. Y un pintor como Velázquez



Borges, un genio indiscutido, aunque muchos no puedan "aislarlo" del hombre político.

se pinta a sí mismo pintando un cuadro.

Tan singular concepción del arte no podía resultar indiferente a Borges y él también se permite utilizar procedimientos semejantes. La más sencilla muestra de esta técnica es, tal vez, "Diálogo sobre un diálogo". Aquí el autor presenta a dos personajes conversando sobre una conversación que anteriormente había sostenido uno de ellos con Macedonio Fernández.

Esta inclusión de la literatura en la literatura que, como vemos, aparece en la propia narrativa de Borges, lo

impresiona también como lector de esos artificios y lo mueve a la reflexión. En su ensayo "Magias parciales del Quijote" observa que Cervantes se complace en confundir el mundo del lector y el mundo del libro. Recuerda que, llegados al capítulo noveno, Cervantes dice que no es el autor de la novela, sino un mero traductor de unos manuscritos que adquirió en el mercado de Toledo. En la segunda parte, los protagonistas de *El Quijote* son asimismo lectores de *El Quijote*.

Borges no desconoce, como lector, esta inquietud que él

mismo suele provocar en sus lectores. La explica así: "¿Por qué nos inquieta que Don Quijote sea lector del Quijote y Hamlet espectador de Hamlet? Creo haber dado con la causa: tales inversiones sugieren que si los caracteres de una ficción pueden ser lectores o espectadores, nosotros, lectores o espectadores, podemos ser ficticios".

El Nobel que no cesa

El apetito de los periodistas ha encontrado, en lo que se refiere a Borges, un manjar favorito en los últimos años: preguntarle, al día siguiente de la adjudicación del premio Nobel, qué opinión le merecía no haberlo recibido. Uno de ellos se llevó esta respuesta: "Por décimo año consecutivo no he ganado el premio Nobel. En un mundo gobernado por las estadísticas, esta persistencia mía debe de tener algún mérito".

La feliz ironía ayuda a disimular la frustración, y acaso acepta de una manera estoica lo que para muchos es ya una injusticia. No para Borges, si damos crédito a sus innumerables declaraciones sobre el tema. En ellas ha insistido, una y otra vez, que no se considera digno de un premio que han ganado escritores ilustres. Sin embargo, tratándose de Borges es casi imposible discriminar la modestia del orgullo, la amargura de la ironía, la verdad de sus sentimientos.

Lo cierto, y la celebración de sus ochenta años es una buena ocasión para reafirmarlo, es que ya hay pocos que discutan su genio, aunque muchos opinan que el hombre literario no puede ser separado del hombre político. En honor a la verdad, para ser justos con Borges, hay que admitir que su obra no puede ser leída como el producto de una sensibilidad reaccionaria. La polémica viene de lejos y no muestra síntomas de agotamiento. Tal vez Borges no viva lo suficiente para ver su desenlace. Tal vez nosotros tampoco. ■